



Parece un hecho que Europa Occidental se está inclinando hacia la izquierda, como se ve, entre otras cosas, por el progreso de la unión izquierdista francesa hacia las urnas. Sobre estas líneas, carteles electorales de diversas tendencias para las elecciones de Francia.

dinero y le pide únicamente que sea algo menos grande y que se dé cuenta, en cambio, de las ventajas que puede obtener de una situación de apertura y de la alternativa que supone consumirse a sí mismo en un mundo cerrado, el mundo de la inflación y, por consiguiente, de la amenaza de los conflictos obreros— no está al alcance de todos los países. Los británicos la tienen en el partido laborista, que es aún más prudente en su atavío socialista que el de Willy Brandt, pero el torpe partido del torpe mister Wilson ha preferido, por ahora, declarar la guerra por su cuenta al Mercado Común y al Parlamento europeo, por un simple reflejo de oposición. Francia carece de ese mecanismo; Italia, también. La Francia pompiduliana se ha radicalizado en una derecha cada vez más conservadora, y ello puede costarle caro. El tiempo que tiene para maniobrar es escaso. Puede abrir la vía a los reformistas de Servan-Schreiber y lanzar una derecha izquierdizada, que podría tener más alicientes para el electorado que una izquierda derechista, pero está encerrada en sus propios términos y sobre todo en un presidencialismo que no la deja respirar. Es el problema de una derecha conservadora que se ha formado en la soledad del poder, fácil y grata, y que se resiste a evolucionar, aunque en esta evolución esté su propia salvación.

PUEDE considerarse también que ese presidencialismo francés es todavía un gran cerrojo de seguridad. Supongamos —aunque esté lejos de ser probado— que la unión de la izquierda gana las elecciones: el Presidente Pompidou tratará de buscar un Gobierno de compromiso, designando un primer ministro muy moderado. Puede ocurrir que la nueva mayoría de la Asamblea rechace todos los que proponga el Presidente, y que éste se niegue sistemáticamente a nombrar primer ministro a Mitterrand. (Aun si le nombra, el Presidente conserva muchos poderes para contrarrestar en gran parte los cambios que quiera hacer el nuevo Gobierno.) Entonces, Pompidou puede disolver la Asamblea y convocar nuevas elecciones generales. Puede ocurrir entonces que el electorado, asustado ante el conflicto de poderes, varíe su votación y vote una nueva Asamblea más moderada. No parece probable: con tan poco intervalo, Francia volvería a votar la misma Asamblea, y Pompidou se volvería a encontrar con el mismo conflicto, pero agravado: la constitución no le permite disolver la Asamblea más que una sola vez, y no podría repetir la maniobra. En este momento, tendría tres salidas: o la indicada de equilibrar el poder gubernamental de la izquierda con el poder presidencial de la derecha que él representa, o acudir al artículo 16 de la Constitución, considerando la situación como de urgencia, y practicar el poder personal, o dimitir. En el segundo caso, podría encontrarse con una huelga general importante. En el último, las elecciones darían un Presidente de la República de la izquierda, que podría ser Mitterrand.

Si las elecciones de Alemania Federal han determinado en gran manera una configuración de Europa, las francesas tienen aún más poder en ese sentido, y sin duda, arrastrarían a Italia. Todo esto es posible en este momento, enormemente importante.

PERON DERROTA AL PERONISMO

«Fuese... y no hubo nada». Perón ha hecho en la Argentina la figura del personaje del soneto clásico. Probablemente, contra su voluntad, se ha resistido durante años al regreso, sin duda, con una peligrosa ambigüedad, ha sido forzado a ello y el resultado ha sido negativo. La misma ambigüedad de los últimos años de su exilio ha presidido su mes en la Argentina, donde se ha mostrado irresoluto, vacilante; y también su partida, después de haber renunciado a la candidatura presidencial que contra viento y marea le ofrecía su Frente Justicialista, hacia Paraguay, cuyo Ejército ha definido «como el más glorioso del continente»: asombro y pasmo en sus propias filas, donde se considera a Stroessner, Presidente del Paraguay, como protagonista de una dictadura cruel, y en las fuerzas armadas, que no conciben cómo un general argentino puede despreciar así su propio Ejército en favor de otro. Pero Perón, una ambigüedad más, tiene ahora pasaporte paraguayo, y hay quien cree que lo que pretende es cambiar su residencia de Madrid por la del Paraguay, donde esperaría que el apaciguamiento y el olvido de la Argentina le permitirían volver a pasar sus últimos años, retirado, en la Argentina. Pero antes de irse ha dicho que volverá en enero. Y ha dejado proclamado candidato presidencial a Héctor Campora, que tampoco puede serlo constitucionalmente. Retirada y nombramiento que han causado una sensación de catástrofe en el justicialismo.

Ahora, la división y la amargura se han apoderado de las filas peronistas. Las sesenta organizaciones —desde el conservadurismo a los jóvenes revolucionarios— que habían aceptado la unidad en torno a Perón, en el Frente Justicialista, comienzan a desintegrarse. «Salimos amargados y doloridos», dijeron, al marcharse del Congreso, las organizaciones gremiales. Les ha decepcionado Perón, les han decepcionado los políticos en torno a Perón.

El régimen de las fuerzas armadas ha tenido una actitud extremadamente inteligente al permitir el regreso de Perón y la agrupación de sus fuerzas. Era la única posibilidad de deshacer el mito —sus ministros han expresado claramente que su verdadero propósito era ese, que el contacto del peronismo con Perón rompiese las falsas ilusiones— y lo han conseguido. Les queda por cumplir su última etapa del regreso a la normalidad constitucional: las elecciones presidenciales del mes de marzo, la posibilidad de que sea elegido un candidato civil y que las fuerzas armadas regresen a su papel no político. Lanusse ha anunciado ya que tras las elecciones y la toma de posesión del nuevo Presidente, se retirará de la vida pública y, probablemente, también del Ejército.

Estas etapas por cumplir no son nada fáciles. Han prolongado demasiado las condiciones de excepción sin resolver los problemas de fondo del país —la inflación galopante, el deterioro económico, el paro obrero, el ahogo de las libertades políticas— en las que hay que reconocer la verdadera causa del auge del mito peronista: si las sucesivas capas políticas que han gobernado el país desde la caída y exilio de Perón hubiesen sabido sacar al país de sus dificultades, el mito no se hubiese producido. La situación, en cambio, se ha deteriorado hasta el punto de la aparición de guerrillas, de terrorismo y contraterrorismo, huelgas, prisiones, rigidez en la vida pública... La desintegración del peronismo va a hacer también perder sus canales de acción política a los que eran sus partidarios.

¿Es éste el final del peronismo? Todo parece indicarlo así. No ha resistido el contacto con la realidad política, como pasa con esas momias egipcias conservadas durante milenios, aparentemente intactas, pero que se desintegran en polvo al contacto con el aire fresco... ■ J. A.